

“PARA DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD”

(Jn 18,37)

Retiro Espiritual de Adviento

INTRODUCCIÓN

Estamos otra vez en Adviento, preparándonos para la Navidad, reflexionando reflexionando acerca de esta venida del Señor, justamente como ya sabemos, “Adviento” significa “Venida”, por tanto nos preparamos para la venida del Señor. Y cabe preguntarnos para qué viene el Señor a nosotros, ya que sabiendo esto, nos prepararemos mejor y aprovecharemos más aún esa gran visita del Dios encarnado.

El mismo Jesucristo es quien responde a esta pregunta. Estando Él ante Pilato, luego de afirmar que Él es Rey, agrega:

“Yo para esto he nacido,
y para esto he venido al mundo:
para dar testimonio de la verdad”. Jn 18,37

Es el mismo Señor, entonces, quien se encarga de dejar bien claro el fin de su Encarnación y de su Nacimiento: *dar testimonio de la verdad*.

El Señor nació y volverá a nacer misteriosamente en Navidad, nacerá en nuestros corazones de un modo nuevo para dar testimonio de la verdad, qué importante será pues la verdad que para dar testimonio de ella Dios mismo tendrá que encarnarse.

Dedicaremos, entonces, este Retiro a hablar de aquello que para los verdaderos grandes del mundo tenía y tuvo mucho muchísimo valor. Solzhenytsin, ese gran escritor e historiador ruso –comparado incluso hasta con el mismo Dostoievski–, en el discurso al recibir el Premio Nobel en literatura, dijo: *“una palabra de verdad pesa más que el mundo”*.

Trataremos entonces de la verdad acerca de la cual vino Jesucristo a dar testimonio, en tres puntos: La primera plática la dedicaremos a la verdad acerca de Dios; la segunda la verdad acerca del mismo Jesucristo y la tercera de la verdad acerca de su Iglesia.

EL TESTIMONIO SOBRE DIOS

Primera plática

El ateísmo del hombre actual.

Comencemos entonces a reflexionar sobre esta verdad de la existencia de Dios, de quién es Dios, porque Jesucristo es lo primero que nos vino a decir lo primero que nos vino a enseñar como Maestro.

Vivimos en un mundo donde el ateísmo, el ateísmo práctico o el ateísmo intelectual, es bastante común. No tenemos que dejar de pensar que eso realmente es algo grave. El hombre es creado por Dios con inteligencia y voluntad, y así como todo derecho se fundamenta en un deber, nosotros tenemos el primer derecho a conocer la verdad y en cuanto a la voluntad, buscar el bien, alcanzar el bien.

¿Y cuál es la primerísima verdad que el hombre tiene el deber de buscar? Es la verdad sobre su principio, sobre su origen, que a su vez también es su fin: Dios. Todos tenemos derecho a saber quién nos creó, de dónde venimos y que se identifica con la verdad sobre nuestro fin, a dónde vamos, cuál es el motivo de nuestra existencia, para qué estamos en esta tierra. Las dos cosas se identifican como sabemos, en Dios.

Y de ahí se sigue que “el **ateísmo** en cuanto rechaza o niega la existencia de Dios, es un pecado contra la virtud de la religión”, o sea, contra el primer mandamiento. Es cierto que la culpa puede estar disminuida por las circunstancias, a veces incluso por nuestras obras –de los creyentes– o por nuestra forma de “presentar” a Dios a los demás –mostramos un dios que no es Dios–, pero esto no quita que el ateísmo deje ser un pecado.

Lo mismo, con algunos matices, puede decirse del **agnosticismo**, que afirmando la incapacidad de la inteligencia humana de conocer a Dios, termina siendo en ateísmo práctico.

El Concilio Vaticano I enseñaba:

“1. Si alguno negare al único Dios verdadero, creador y señor de las cosas visibles e invisibles: sea anatema. 2. Si alguno fuere tan osado como para afirmar que no existe nada fuera de la materia: sea anatema”.

Y sobre el agnosticismo:

“1. Si alguno dijere que Dios, uno y verdadero, nuestro creador y Señor, no puede ser conocido con certeza a partir de las cosas que han sido hechas, con la luz natural de la razón humana: sea anatema”.

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

Alguien podría objetarme que esto suena un poco anticuado, extemporáneo... pero sucede que la verdad no cambia con el tiempo; mucho más extemporáneos, si fuera el caso, son los Evangelios... La verdad no depende del tiempo, la verdad es inmutable, la verdad de ayer es la misma que la de hoy.

Por qué citar estas cosas?, porque como el ateísmo ha crecido mucho, ya nos parece algo “normal” que una persona no crea en Dios, se declare atea o, quizás, ni se pregunte sobre la existencia de Dios. Y esto no tendría que ser así; *el justo juzga de todo* dice San Pablo. Por supuesto, sin juzgar intenciones y demás, pero sí dándose cuenta de qué está bien y qué está mal de quienes nos rodean.

San Luis Orione, defendiendo a los trabajadores predicaba en tiempo de la post guerra:

“Trabajadores y trabajadoras de los arrozales, cuidaos de los socialistas y de las socialistas; no confiéis en quienes no tienen religión; quien no tiene religión, no tiene conciencia: ¡no confiéis en ellos jamás!” (Don Orione)

De qué se trata entonces? de abrir los ojos, *el justo juzga de todo*, dice San Pablo. Por supuesto que no hay que juzgar las intenciones, pero yo tengo que ver con quien trato, dónde me muevo, no solo para precaver, cuidarme, protegerme de las verdades falsas, sino también para convertirlos, para acercarlos a Dios. Tengo que darme cuenta: esta persona no cree en Dios, tengo que tratar de ayudarla, eso no es inocuo, no es bueno que una persona no crea en Dios.

Nace un niño, alguien le va a dar de comer ceniza y de beber gasolina?, a nadie se le va a ocurrir eso porque es frágil, al cuerpo hay cosas que le convienen y otras que no. Bueno, a nuestra alma, a nuestra inteligencia y a nuestra voluntad le pasa lo mismo, hay cosas que son convenientes: la verdad; incluso hay verdades que son más importantes que otras; hay cosas que le hacen daño y así como darle ceniza a un niño pequeño o darle de beber gasolina probablemente le traiga un problema para toda la vida, así pasa con una persona que cuando de niño no se le da la verdad, no se le da la comida de la verdad primera y principal que es que Dios existe (después de ahí seguirá que Dios ama y demás), cuando se le niega esa verdad o al contrario, cuando se le dice que Dios no existe.

Bueno, pasemos a nuestra vida ahora: ¿cómo cuidamos el hecho de que Dios existe, de que Dios me ama, etc., pero, en primer lugar, de que existe, que no es una energía, que no es una fuerza, es personal y, por tanto si es personal, puedo tener un trato con Él. Cuido eso en mi vida? ¿cuido el alimento que le doy a mi alma? ¿Qué estudio, con quién hablo, qué veo por televisión, qué busco en internet? Hay que cuidar la pureza de la fe, hay que cuidar también la manera en que nosotros pensamos porque a veces incluso hasta el modo de pensar puede estar disminuido y no somos ni lógicos, sino que nos dejamos llevar por la sensibilidad.

Jesús y su testimonio de la verdad sobre Dios.

Entonces en este Adviento, en esta Navidad que se acerca, ver a Jesús que viene al mundo para dar testimonio de la verdad y esto nos tiene que hacer pensar si esa verdad primera: que Dios existe en mi vida está presente realmente como tal, porque puede ser que crea o que sepa, porque la descubro en las creaturas, pero que no sea consecuente, que sea un ateísmo práctico, que en mi vida no influya en absoluto el que Dios exista o no exista.

Nuestro Señor dio clarísimo testimonio de que Dios existe, Él fue un hombre muy religioso, es muy claro, leyendo el Evangelio: esa intimidad que tenía con el Señor, con su Padre. Su confianza es absoluta. Lo conocía como ninguno.

Ya a los doce años, dejando a María y a José, se queda en el templo *para ocuparse de las cosas de su Padre* (cf. Lc 2,49); muchas veces se retira a solas –incluso noches enteras– para entregarse totalmente a la oración. Habla con Dios con una familiaridad única, por ejemplo cuando le dice: *Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños* (Mt 11,25). Cómo conocía Él a su Padre, lo que su Padre hacía o dejaba de hacer.

También tenía una gran confianza: cuando Jesús estaba por resucitar a Lázaro, alzando la vista al cielo, dijo: *Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que tú me enviaste.* (Jn 11,42-43). “Yo sé que siempre me escuchas”, gran confianza. Dice el Señor también: *para que crean que tú me enviaste*, es una de las tantas demostraciones de la claridad que tenía Jesús de haber sido enviado por su Padre y, además, con una misión específica, hasta tal punto que el Padre le indica qué tiene que decir: *porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí.* (Jn 12, 49-50).

Conocía a su Padre, tenía gran familiaridad con Él, tenía confianza en Él. Él, definitivamente, lo amaba y ese amor se muestra también en el hecho de que nuestro Señor cumple a la perfección, desde su Encarnación hasta su muerte en la Cruz, la voluntad de su Padre, cosa que se ve claramente en toda su vida pero quizás de manera insuperable en la agonía del huerto: *Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú.* (Mt 26,39).

Y, dentro de este testimonio que Jesús nos da sobre Dios, quizás no haya nada más consolador, si se sopesa bien, que esa gran novedad que nos trae Jesús al decirnos una y otra vez que Dios es Padre. Algún que otro esbozo de esta verdad había en el Antiguo Testamento, pero así como se dijo de Jesús *jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre* (Jn 7,26), podemos decir “jamás nadie ha hablado de Dios, como Padre, como Jesús”.

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

Que Dios es nuestro Padre es algo tan grandioso y tan importante! Dios nos ama porque es Padre; de ahí que un autor decía “El que esto cree, entiende todo”¹.

San Hilario, hermosamente rezaba:

“Yo tengo conciencia de que es a ti, Dios Padre omnipotente, a quien debo ofrecer la obra principal de mi vida, de tal suerte que todas mis palabras y pensamientos hablen de ti. Y el mayor premio que puede reportarme esta facultad de hablar, que Tú me has concedido, es el de servirte predicándote a ti y demostrando al mundo, que lo ignora, o a los herejes, que lo niegan, lo que Tú eres en realidad: Padre”².

Profundas palabras del Santo.

Contemplando el Nacimiento de Jesús, viéndolo Niño en Belén, tan pequeño en brazos de su Madre, tratemos de profundizar en esta gran verdad: que Dios es Padre, es nuestro Padre: un niño habla de un padre. Pensemos si somos tan niños, si nos sabemos hijos de tan buen Padre, si nos sentimos amados por Dios.

No poco influye en esto la relación que hayamos tenido con nuestro padre de la tierra - si es que lo tuvimos-, o quien hizo sus veces en nuestra vida. A veces una mala relación, una difícil relación, también dificulta nuestra relación con Dios Padre porque trasladamos, inconscientemente, la idea que tenemos de padre de la tierra con la idea que tenemos de Padre del Cielo. Por eso se habla también de los ateos sin padre: son ateos porque no han tenido padre o nadie ha hecho las veces de él.

Por eso es necesario reflexionar y meditar acerca de la idea que tenemos de padre, de cómo nosotros pensamos que Dios es Padre porque es importantísimo qué pensamos de Dios, quién es Dios para nosotros y ahí viene el Señor a aclararnos, con todas las letras, que Dios es Padre, un Padre que ama como ninguno, la ternura de Dios es imposible de expresar.

Estamos ahora en el Año del Jubileo de la Misericordia. Acercarse a ese Padre misericordioso, reconocer a ese Padre infinitamente misericordioso, es también reconocer su paternidad amorosa. Ese Padre tanto nos ama, tanto nos amó, que ni siquiera perdonó a su propio Hijo por el bien de nuestras almas, por nuestra salvación. Dice así la Escritura, dice así el Señor: *Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna* (Jn 3,16)

Terminemos con una historia que puede ejemplificar muy bien lo que venimos diciendo:

Cuenta Sedulio, un poeta, sacerdote latino, de los primeros años de la Iglesia que un

¹ MONS. JUAN STRAUBINGER, comentando el Salmo 103, 13.

² SAN HILARIO, *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, L.1, 37.

Retiro Espiritual de Adviento

P. Gustavo Lombardo, IVE

famoso tirador de Tesalia fue a cazar, dejó un hijo pequeño al pie de un árbol y se metió entre las piedras. Cuando regresó vio que una serpiente se había enroscado al cuerpo del niño. ¡Qué apuro el del padre! Si tiraba contra la serpiente, se arriesgaba a matar al niño; si no tiraba, el hijo moriría.

Al fin se decidió. Puso una saeta en el arco y pulsó la cuerda con tal acierto, que matando la serpiente, no tocó al niño. Se admira Sedulio de la felicidad del tiro y da esta explicación: **Ars fuit esse patrem!** O sea, no fue destreza; fue que era padre, el padre de ese hijo le dio la exactitud y aplica esto a una gran verdad teológica que es la siguiente:

La serpiente del paraíso se enroscó en Adán y asimismo en Cristo: en Adán porque fue autor de la culpa; en Cristo porque tomó sobre sí la culpa de Adán. Quiso el eterno Padre matar la serpiente, y que hizo? Tiró sobre la serpiente que estaba enroscada en el hombre; mató la serpiente y no tocó al hombre; tiró sobre la serpiente que estaba enroscada en el Hijo: mató la serpiente y pasó de parte a parte al Hijo. Al Hijo le tiró como si no fuera padre; al hombre, con tanto tino como si lo fuera.

Le vamos a pedir a Nuestra Madre del Cielo, a quien encomendamos siempre estas charlas, este retiro -Ella que vivió esa filiación, ese reconocer a Dios como Padre, también lo aprendió de su Hijo, por supuesto- que nos dé la Gracia en este Adviento, en esta Navidad, de crecer en esa hermosísima verdad, en esa profundísima verdad de que Dios es Nuestro Padre; que aprendamos a entregarnos en sus Manos como lo hizo Jesús, que aprendamos a hacer su voluntad, como también la hizo Jesús y la hizo María; que aprendamos, en definitiva, la gran alegría de tener un Padre.

A veces se piensa que la fe, que las verdades, incluso que los dogmas como que van coartando nuestra vida, como que van haciéndonos cada vez menos libres, más tristes, menos plenos. Es exactamente lo contrario: cuando un agnóstico, por ejemplo, dice: soy agnóstico, no se da cuenta que es lo mismo que decir, en el plano físico: soy manco, soy ciego... porque está negando que su inteligencia tiene una capacidad que realmente la tiene y es la capacidad de conocer la verdad; así, en este hecho de que Dios existe, de que Dios nos ama, de que Dios es Padre, todo esto nos eleva, nos plenifica. Como dice el Señor: *conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.*

Que María entonces, Nuestra Madre del Cielo, la Virgen del Adviento, nos conceda conocer todo esto y que esto nos acerque entonces más a Dios Nuestro Padre.